



Capítulo 1

Era un día gélido de la última semana de octubre, esa clase de días que hacen que uno quiera acurrucarse con un buen libro y una humeante taza de chocolate caliente. Las hojas doradas crujían bajo las pisadas, la helada de la noche persistía en el toldo del Café Serendipity. Era la época favorita de Dina. Por fin había pasado el insufrible calor de fines de septiembre, cuando el aire era espeso y pegajoso y la obligaba a pasar el día haciendo hechizos de enfriamiento en sus axilas.

Siempre cambiaba el aire cuando el otoño llegaba a Londres. Y eso aumentaba el trabajo en el café porque ahora todos querían un *croissant* con su bebida caliente.

La magia de *croissants* siempre era complicada, pero se volvía especialmente difícil en las mañanas atareadas. Dina se quedó mirando el desastre de hojaldre y mantequilla; no habría forma de salvarlo. El hojaldre nunca había sido su especialidad. Se recogió en un rodete su montaña de rizos y se arremangó.

Acababa de tomar un frasco entero de su mantequilla mágica, lista para volver a comenzar, cuando Robin, su barista, gritó:

—¡Dina!, ¿¡dónde pusiste la mezcla de té con crisantemos que hiciste la semana pasada!?

Los *croissants* iban a tener que esperar.

Fue hacia la tienda, hurgó en su colección de tés y finalmente encontró la lata con delicados pétalos disecados que estaba buscando. Para no regresar a los hostiles *croissants*, se puso a atender a los clientes que recién se acomodaban en las mesas y cómodos sillones de su cafetería.

El Café Serendipity tenía algo diferente, una chispa en el aire que nadie podía identificar. Era un sitio en el que ocurrían cosas buenas. Los clientes que entraban a comprarse un capuchino podían tropezarse con el paraguas de alguien que estaba en la mesa de al lado y que esa persona acabara siendo el amor de su vida.

Dina amaba lo rápido que se habían corrido los rumores sobre su café. Por ejemplo, que si comprabas un café con leche y una galleta de camino a una entrevista laboral, conseguías el puesto. Estaba especialmente orgullosa de ese hechizo; era uno de los mejores. El secreto era una cucharadita de canela y una pizca de lavanda. Sabía al abrazo de un ser querido o a la sensación de quitarse los zapatos después de un largo día.

El truco de sus hechizos era que siempre incorporaba sus recuerdos y emociones; luego la magia hacía lo suyo imitando sus sentimientos en la persona que comía o bebía lo que ella preparaba. Un encanto de confianza para ayudar a alguien a conseguir un empleo no les daba confianza artificial, solo un empujoncito mágico para hallarla en su interior.

Los hechizos no duraban para siempre, por supuesto. Como cualquier magia.

Sin embargo, Dina tenía que asegurarse de mantener oculta

su magia porque si no, todo Londres podría enterarse de que era bruja.

Mientras la ciudad se congelaba, los clientes atravesaban las puertas buscando refugio y una buena taza de té. El favorito era su mezcla especial de chai, con mucho jengibre, clavo de olor, nuez moscada y solo una pizca de esa sensación de acariciar un suave y cálido gatito.

En toda la ciudad, los abrigos eran rescatados del fondo de los armarios (donde habían pasado el año juntando polvo y agujeros de polillas), los radiadores volvían a la vida y la gente comenzaba a buscar a esa persona especial con quien acurrucarse una vez que el invierno se hubiera instalado.

Ella estaba demasiado preocupada como para pensar eso. Había tenido un par de citas el último año (un hombre y una mujer) y solo una había salido bien. El tipo resultó ser una bandera roja ambulante, pero Maggie (la increíblemente sexy instructora de yoga con la que había salido unos meses atrás) era encantadora, amable e inteligente. Dina sabía que podía tener algo verdadero con ella si le daba una oportunidad, pero no quiso lastimarla, así que la dejó antes de que la relación avanzara.

Por suerte, la ajetreada temporada otoñal en la cafetería la iba a hacer olvidar del romance. Además, Dina se había jurado a sí misma abstenerse de tener citas hasta nuevo aviso. No valía la pena el dolor que podía causarse a sí misma y a otros. Además, el negocio estaba floreciendo, y tenía que terminar otra tanda de sus velas «Calma acogedora» antes de que volvieran a agotarse.

—Robin, ¿podrías llevar estas a la mesa cuatro, por favor? —dijo Dina, pasándole a su compañera una bandeja con dos rebanadas de tarta de manzanas y arándanos y dos tazas con el té especial de

Serendipity. La pareja que estaba sentada allí llevaba varios meses yendo a la cafetería todos los miércoles para estudiar juntos.

Al menos eso era lo que Dina creía que hacían, con las cabezas inclinadas sobre sus respectivos ordenadores. De vez en cuando, el hombre se estiraba para buscar la mano de su pareja y se quedaban sentados así, en una perfecta compañía silenciosa. *Eso es lo que quiero*, pensó Dina. ¿Podría tenerlo algún día? Últimamente no podía ni pensar en un final feliz.

—Sí, jefa. —Robin sonrió porque sabía muy bien cuánto odiaba Dina que la llamaran «jefa». Robin trabajaba en el café hacía varios años en las horas que le quedaban libres entre las clases de *spinning* que dictaba cerca de la estación Blackfriars. Un día se habían cruzado, segundos después de que Dina pegara en la ventana un anuncio buscando barista. Dina le miró la cresta punk verde oscuro y su sensacional delineado, observó cómo enderezaba uno de los cuadros de la pared sin pensarlo y supo de inmediato que era la persona perfecta para el trabajo.

Hoy Dina no tenía tiempo para hacer mucho más que trabajar, pero no le importaba. Serendipity, con el zumbido de la máquina de café y el tibio aroma a panificados, era su lugar feliz. Ella misma había fundado el negocio (con un poco de ayuda de su magia) y cada vez que veía regresar a un cliente después de su primera visita, el corazón le bailaba de alegría.

Pero esta mañana Dina era muy consciente de que solo estaban Robin y ella en la cafetería y se sentía un poco desbordada.

Los hechizos para ralentizar el tiempo la cansaban, así que se los guardaba para el caos de la hora del almuerzo. De nuevo la cafetera estaba caprichosa y Dina ya le había dado un golpecito (tal vez con una chispa de algo extra) para que volviera a funcionar.

Estaba terminando los dibujos con espuma de leche (un gato sobre una escoba en uno y un fantasma en el otro; después de todo era temporada de brujas) cuando la puerta se abrió de golpe por el viento. Las hojas se arremolinaron en el umbral y el amuleto en forma de ojo contra las malas energías que estaba colgando de la pared se cayó al suelo y se partió a la mitad.

Dina contuvo la respiración. Podía reconocer un mal presagio con solo verlo.

La puerta se cerró con un golpe, la campanita que tenía encima se agitó enfurecida. Había un hombre parado en el umbral, quitándose las hojas que habían quedado en su jersey.

Lo primero que vio Dina fue su nariz. Parecía un poco torcida, como si se la hubiera fracturado y no hubiera soldado bien. Y luego su tamaño. No solo era alto, sino que era tan ancho que ocupaba toda la entrada. Su abrigo, aunque grueso, no conseguía ocultar los músculos que se dibujaban en su cuerpo cuando se agachó a recoger el mal de ojo roto. ¿Qué hacía un hombre con semejante cuerpo usando un jersey con parches en los codos y anteojos con marco de metal? Parecía un profesor que dedicaba sus noches a la lucha libre.

Dina tragó saliva, muy consciente de la sequedad de su boca. Cabello oscuro rizado, una barba prolija; era como si se hubiera escapado de sus sueños para entrar a su cafetería. El ojo tenía razón: estaba condenada.

—Lo siento, esto se cayó de la pared —dijo con una voz grave pero dulce.

No coquetees con él, Dina, se dijo mientras se acomodaba un mechón detrás de la oreja. Cuando sus ojos se encontraron, vio que tenían el color del caramelo.

—Gracias —respondió, tomando el amuleto de su mano estirada. Sus manos se acariciaron cuando le pasó las piezas, una caricia áspera por la mano callosa. Ella se alejó con rapidez. El hechizo de *henna* que había creado anoche cuando no se podía dormir comenzaba a cobrar vida y dibujaba corazones de amor en su muñeca.

—Es un amuleto nazar, ¿no? —preguntó con seguridad—. Como tu collar. —Señaló con la cabeza hacia el cuello de Dina, donde tenía colgada una mano de Fátima con una piedra de mal de ojo. Sus dedos fueron hacia allí y sintió el rubor trepando por sus mejillas. No tenía por qué permitir que un extraño (aunque fuera un extraño muy atractivo) le hiciera esto.

—Parecido, sí. Ambos sirven para protegerse del mal de ojo.

—¿Debería preocuparme que se haya roto cuando entré? —Sonrió con un brillo pícaro en los ojos.

—No, está bien, yo rompo mis amuletos todo el tiempo —dijo jugueteando con la mano de Fátima—. Significa que funcionaron.

—¿O sea que te protegió? —El hombre se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en el mostrador; tenía la voz ronca. Dina podía oler su colonia: cedro y algo cítrico.

—Sí. —Era extraño. Estaban en medio de la cafetería repleta, pero sintió que eran las únicas dos personas en el salón. Nunca había conocido a nadie tan interesado en su piedra de mal de ojo, pero él la miraba con una curiosidad y una calma que hizo que un escalofrío le recorriera el cuello.

Bajó la vista hacia el amuleto roto sobre el mostrador. Cuando se rompió, ¿protegió a la cafetería, a Dina o a este hombre? De cualquier forma, cuando lo miraba, se sentía desorientada. Esa era una mala señal. No podía permitir que su evidente sensualidad la distrajera.

—Bueno. —Se aclaró la garganta—. ¿Qué te sirvo?

–Un Earl Grey con un *croissant*.

–¿Leche o limón? –Mírenla, superprofesional. Definitivamente no estaba mirando sus bíceps marcados mientras buscaba la billetera en el bolsillo del pantalón.

–Solo, gracias.

Dina estaba a punto de buscar debajo del mostrador la lata del Earl Grey de la casa (había recolectado las bergamotas ella misma en un viaje a Italia) cuando oyó un estruendo desde una de las mesas.

–Ay, lo siento tanto –dijo un cliente mirando las dos tazas con café que se habían hecho trizas contra el suelo. Dina le sonrió al cliente y estaba a punto de ir a buscar el trapo al armario cuando oyó un sacudón espantoso seguido de un golpe. No era precisamente inesperado: la mala suerte siempre se las ingeniaba para perseguir a Dina.

–¡Se rompió la cafetera! –gritó Robin.

Dina respiró hondo, su mano se cerró en un puño. Alzó la vista hacia el guapo extraño que probablemente nunca volvería a ver. Él ya la estaba mirando.

–Robin, ¿puedes encargarte de la caja? Yo me ocupo de la máquina y de limpiar. –Se alejó antes de que el hombre pudiera hablar... y decir algo que la hiciera volverse y cometer una estupidez.

La cafetera solo necesitaba un poco de grasa; y con «grasa», Dina se refería a otra fuerte dosis de magia. Enseguida el derrame quedó limpio y las bebidas fueron remplazadas.

Alzó la vista justo para ver al extraño irse de la cafetería sorbiendo el té. Tal vez en otra vida.

–Ah, me encantan los hombres con polera, parecen tan inteligentes. –Robin estaba de pie a sus espaldas sonriendo. Dina le dio un golpe con una bolsa de té y volvieron a trabajar.